



no de la armonía. Es importante la homosexualidad de Eduardo, rasgo de rebeldía y modernidad, si queremos, pero no es sino la parte del desequilibrio más chocante para determinados usos y costumbres, la más colorista. Además, Gaveston, su favorito, cae pronto. Se dibuja un desequilibrio para terminar con otro (Isabel y Mortimer, reina y favorito adúlteros, contrafiguras de Eduardo y Gaveston). Eduardo III, al alcanzar la mayoría, tendrá que castigar a los que castigaron, para la recuperación total del equilibrio; que, en rigor, no llegará hasta que se encuentre de veras un enemigo exterior, y para ello será providencial la guerra que se llamará de los Cien Años.

La obra de Signes examina la pérdida del equilibrio y el martirio del rey y hombre para la recuperación de aquél; y lo hace a la luz de lo que define al personaje mismo: la subjetividad, el recuerdo, la percepción alterada, la reconstrucción. La manera de

plantear la exposición y los cambios de espacio y de tiempo resuelven esta obra singular de Miguel Signes en que la historia se mezcla con los fantasmas y con la memoria, a veces confusamente identificados. El pensamiento estricta y puramente teatral de Signes se desarrolla también en el desdoblamiento de los actores en virtud de esa subjetividad, de ese recuerdo, o de las sugerencias que lo escénico aporta a la narración y al conflicto. Las sugerencias son muchas, y están pensadas para un escenario más que para lectura. Una puesta en escena de esta obra rica y cargada de sugerencias podría dar un espectáculo de gran belleza en el que plástica y concepto serían mutuamente fértiles. Brindemos porque suba pronto a los escenarios.

Es una bella edición de la Universidad de Valencia, con un espléndido prólogo de Jaime Siles, que provoca la envidia de quien esto escribe. ■

## El sol apagado. Ceremonia y sacrificio de Guillermo Tell

de Xabi Puerta

**Virtudes Serrano**

**El sol apagado.  
Ceremonia y sacrificio  
de Guillermo Tell**

de  
**Xabi Puerta**

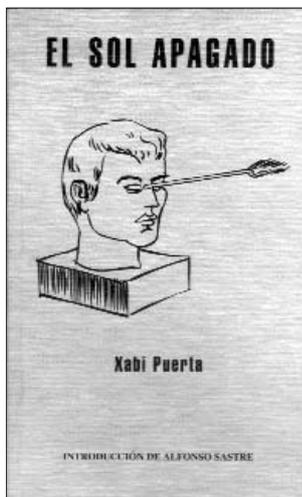
Introducción  
**Alfonso Sastre**

Edición:  
**Universidad de Murcia.  
Antología Teatral Española**

Este texto de Xabi Puerta, autor que surge en el panorama de la dramaturgia española de los años noventa del pasado siglo con obras como *La piel prestada*, *El amante de Lili Marleen* (en colaboración con Paco Obregón), *La derrota del ocaso* y *Perreros de la lluvia*, entra a formar parte, con el número cuarenta y uno, de la excelente Antología Teatral Española de la Universidad de Murcia, donde se vienen publicando desde 1986 obras de autores españoles vivos. Posee el volumen un doble interés: el que proporciona el conocimiento de un nuevo texto dramático, y el hecho de que éste venga precedido de una «Introducción» —Pequeño

prólogo para un gran sacrificio (teatral)— del dramaturgo Alfonso Sastre, inspirador en este caso del tratamiento temático de la obra que presenta.

Sabido es que el autor de *Escuadra hacia la muerte*, padre de la tragedia compleja y de la comedia compleja, desarrolla así mismo una incesante actividad teórica que ha visto la luz en los últimos años en la editorial Hiru; de ella ha dejado una valiosa muestra en las palabras que dan pórtico a la pieza que ahora presentamos. Allí comenta los ascendientes teatrales del mito de Guillermo Tell, personaje legendario que él sometió a revisión dramática en 1955 en *Guillermo Tell tiene los ojos*



*tristes*, protagonista ahora de la obra de Puerta, y reflexiona sobre el sentido de las versiones que preceden a este *Sol apagado* con el que el autor joven rinde homenaje al maestro, como recuerda en «Nota del autor»: «He tejido esta nueva obra que toma de la de Alfonso aquella hipótesis que vino a contravenir, de raíz, la leyenda originaria...» (p. 35).

En noviembre de 1955, según «Noticia» del propio Sastre, él presentó a José Tamayo su obra sobre el arquero suizo, «una ruptura del viejo mito», que fue prohibida por la censura. En aquellos años centrales del siglo XX el texto de Sastre sufrió las consecuencias de configurarse como una «tragedia política» contra la dictadura. La obra, al igual que ahora la de Xabi Puerta, se instalaba dentro del teatro de marco histórico con valor especular hacia el presente; en ambas se produce el análisis crítico de los mecanismos aniquiladores del poder y la reflexión sobre el destino y la condición de sus víctimas. Como es posible observar y he afirmado en otras ocasiones, los autores jóvenes de hoy mantienen, como los más veteranos representantes de nuestra dramaturgia actual, un evidente compromiso con la sociedad que les ha tocado vivir y con la historia de la que son coprotagonistas.

Alfonso Sastre concibió su fábula dramática sobre Guillermo Tell con una variante sustancial sobre las existentes al hacer que el héroe no acertase su blanco, elemento éste que se reutiliza en la atractiva propuesta espectacular de Xabi Puerta, quien se aparta de la linealidad del relato histórico para trazar todo su proceso dramático como una inmersión en la mente atormentada del arquero en el instante de ir a disparar su flecha en dirección a la manzana colocada sobre la cabeza de su hijo; tal construcción dramática significa ésta entre las demás versiones, como bien indica Sastre. Tell sufre alucinadas imágenes de las que se hace eco la escena para presentar ante el espectador el miedo del héroe-víctima y su ineludible obligación de actuar, misión que le recuerdan con diversos tonos las voces del resto de los personajes («Si tú no disparas, Guillermo, ¿quién más querrá tener hijos en los Cantones?»). El texto posee una feroz fuerza dramática, procedente de la catástrofe presentida y consumada, y un hondo lirismo que resulta de la noción de falibilidad que transmite la

figura de Tell enfrentada a su destino y de la palabra poética de Hedwig, su mujer, en los soliloquios de los cuadros primero y decimotercero.

La pieza está dividida en veinte cuadros pero sólo los protagonizados por Hedwig poseen aspecto real. Ella representa la razón y la fuerza. Ella sabe a lo que se enfrenta y lo que arriesga, y cuando ha de soportar la vejación y el engaño por parte del dictador, su digna figura reaparece sin signos de víctima porque, lejos de resultar envilecida por la afrenta de la que ha sido objeto, consigue que el estigma quede en quien cometió la felonía. Su serena actitud tras la violación propia y la muerte de su hijo convierte a su figura en soporte de la lucha que está llevando a cabo el imbatido arquero. Así mismo él, cuando el sol se apaga es cuando adquiere grandeza y fuerza, la misma que poseen los que son capaces de levantar «el viento de San Gotardo».

La obra se formula como una tragedia en la que juega un papel importante el coro de Ciegos de Uri y también, según indica Sastre en su introducción apoyándose en los términos del subtítulo («ceremonia y sacrificio»), se concibe como un «auto sacramental, celebrado en el altar de esa conciencia agónica, como una especie de eucaristía en forma de oratorio» (p. 15) en la que destacan los aspectos de carácter ritual. Pero sobre todo, como explica su autor en el «Postfacio», se trata de «una historia sobre el miedo y la entereza, sobre la dignidad y la rebeldía, sobre el compromiso y la responsabilidad, sobre la desaparición y la pérdida» (p. 128). Es una obra que habla con desdichada vigencia de opresores y oprimidos, de verdugos y de víctimas.

Por fortuna *El sol apagado* ya ha sido objeto de un montaje a cargo de la compañía cordobesa Bocanegra Teatro, a cuya petición respondió Xabi Puerta al componerla. La oportuna edición que ahora presentamos, acompañada de una útil «Bibliografía», favorece su pervivencia y su conocimiento a través de la lectura, puesto que ya nadie duda de que «el teatro también se lee». ■